

inocentes festines llamados *agapas*? Abolidos justamente entre la clase del pueblo, estas comidas de caridad continuaron en uso durante muchos siglos, entre los grandes, los reyes y los pontífices. Los vicarios de Jesucristo perpetuaron largo tiempo esta costumbre, con una modestia y una gravedad que recordaban los hermosos días de la Iglesia naciente. Para celebrar estos memorables festines, construyeron en su palacio de Letran muchos *trichinium*. Su piedad los adornó con pinturas que repetían á los eclesiásticos, á los reyes, á los emperadores, admitidos á aquellas mesas fraternales, sus deberes y los hechos notables de su historia. El papa Leon III recibió frecuentemente en su *trichinium* á los ilustres peregrinos á quienes la necesidad, el reconocimiento ó la piedad, llevaban entónces en gran número á la ciudad eterna.

Al lado derecho de la bóveda, un soberbio mosaico representa á Nuestro Señor sentado, ceñida la frente con la diadema crucifera, dando con la mano derecha las llaves á San Silvestre arrodillado, y que tiene por adorno en la cabeza una auréola circular; con la mano izquierda Nuestro Señor sostiene un estandarte que presenta á Constantino arrodillado con su espada en el cinto, y rodeada su cabeza con una auréola cuadriforme. La asta del estandarte se termina en cruz, elocuente símbolo del origen de la dignidad real cristiana, y del uso que de ella debe hacerse.

El lado izquierdo presenta otras tres figuras, colocadas en el mismo plano. En medio San Pedro, sentado, revestido con una túnica blanca y un manto, ó más bien el *orarium* de los antiguos, teniendo sobre sus rodillas las llaves divinas; con la mano derecha da el *pallium* al papa Leon; con la izquierda presenta un estandarte á Caromagno; el pontífice y el emperador están

de rodillas delante del Apóstol; ambos llevan sobre la cabeza auréola cuadriforme, signo distintivo de los personajes vivientes, así como la auréola circular es el atributo de los personajes muertos. Abajo de este grupo, lleno de sentimiento y de armonía, se lee:

BEATE PETRUS, DONA
VITA LEONI PP. E. VICTORIA.
CAROLO REGI DONA.

«Bienaventurado Pedro, dad la vida al papa Leon y la victoria al rey Carlos.» Al rededor de la bóveda brillan en grandes letras de oro las palabras que resumen tan bien el gran fin del cristianismo, al cual deben concurrir en union íntima, el poder de los pontífices y el poder de los príncipes: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis* 1.

Así en las dos extremidades de Roma, en el Oriente y en el Occidente, en los dos primeros templos del mundo, en San Juan de Letran como en San Pedro, volviamos á encontrar el dogma fundamental de las sociedades cristianamente constituidas, la union regular del sacerdocio y del imperio. Si nosotros no hubiésemos resistido, la historia habria venido á desarrollar ante nuestros ojos el vasto cuadro de los siglos de paz, de prosperidad y de progreso verdadero que surgieron como de su fuente, de esa casta alianza cimentada en la sangre del Calvario. Contentémonos con decir que si el obelisco del Vaticano proclama siempre la inmortal victoria del cristianismo, los mosaicos del *trichinium* siguen repitiendo á las naciones modernas el principio social que es el único que puede afirmarlas sobre sus vacilantes bases. ¿No es acaso esto la causa por la cual, en los designios de la Providencia, esos monumen-

1 Ved á Ciampini. *Morum. Veter.*, t. II, p. 128 y siguientes.

tos de un orden de cosas eternamente memorables, han desafiado los ataques desoladores de los siglos y han escapado del incendio que consumió el palacio pontifical? Como quiera que sea, habiendo sido presa de las llamas la morada de los papas, con excepcion del *trichinium* y de la capilla doméstica, Sixto V hizo construir delante de aquella capilla un soberbio pórtico, en medio del cual colocó la Santa Escalera, *Scala Santa*.

No hay un cristiano que ignore que el día de la Pasion, Nuestro Señor subió por orden de Pilatos á un lugar elevado, especie de balcon con pavimento de piedra, desde donde la inocente Víctima fue presentada al pueblo. La escalera que condujo al Hijo de Dios á aquel teatro de ignominia y de dolor, ha sido trasportada á Roma: se compone de veintiocho gradas de marmol tirio, de una reluciente blancura. Para conservarla, Clemente XII la mandó cubrir con gruesos maderos de nogal, sobre los cuales pasan los peregrinos en pié, ó casi siempre arrodillados. Consagrada con los pasos de la adorable Víctima y regada con la sangre de la flagelacion, la escalera del Pretorio es objeto de la veneracion del mundo. Segun la costumbre consagrada, la subimos nosotros de rodillas, vivamente penetrados del doble sentimiento que inspira el reconocimiento y el arrepentimiento. Esa escalera que el Salvador recorrió muchas veces cargado con el peso de nuestras iniquidades, conduce á una capilla superior llamada el *Santo de los Santos*, á causa de las innumerables reliquias sagradas que encierra. *Non est in toto Sanctior orbe locus*. «No hay en todo el orbe lugar más Santo.» Puestos así entre la sangre de un Dios y los huesos de los mártires, dejo á la consideracion de todo cristiano lo que él y todo sacerdote debe experimentar en aquel lugar, en presencia de tales cosas. Se vuel-

ve á bajar del *Santo de los Santos* por dos escaleras situadas á la derecha y á la izquierda de la *Scala Santa*.

Me complazco en recordar que pocos días despues de nuestra peregrinacion, un jóven israelita, que se hizo célebre por su conversion, pasaba delante de la escalera del Pretorio. M. de Bussieres, que lo acompañaba, se descubrió por respeto hácia aquel sagrado monumento, diciendo: *Salud, Escala Santa!* El nuevo Saul se puso á reir á carcajadas de aquella *debilidad supersticiosa*. «No riáis demasiado, le dijo su piadoso compañero, que muy pronto la subireis de rodillas.» Algunos días despues, la profecía se cumplió. Alfonso Ratisbone, convertido milagrosamente al catolicismo, subió de rodillas la *Scala Santa* quejándose como Pablo, de la ignorancia que lo habia armado contra el Dios que le daba valor para participar de sus ignominias y de su cruz.

10 DE DICIEMBRE.

Proyecto de una Academia eclesiástica.—San Claudio de los Borgoñeses.

Mis jóvenes compañeros de viaje, salieron á las cuatro de la mañana á una partida de caza por el lado de la *Storta* en el campo romano. Como yo habia venido á Roma con miras perfectamente pacíficas, no tuve la menor tentacion de inquietar el descanso de las liebres, de los jabalíes ó puerco-espín del país latino, aunque sus antecesores hubiesen desolado los campos históricos de Cincinato y destruido la yerba tan gloriosamente adquirida por Mucio Scévola; así, pues, me quedé en la ciudad. En el curso de mi pacífica jornada tuve conocimiento de un proyecto católico. Se hablaba en los círculos elevados, de establecer en San Luis una Academia de teología, compuesta de eclesiásticos franceses

enviados por los obispos. Después de tres años de permanencia en Roma, aquellos jóvenes sacerdotes volverían á Francia para difundir allí las doctrinas y el espíritu de la Iglesia, madre y señora de todas las demas. ¿Quién halla en esto algún mal? Nuestros jóvenes artistas, los artistas de todas las naciones, ¿no vienen á tomar de Roma las buenas tradiciones, que van en seguida á extender en el resto de la Europa? Las innovaciones peligrosas, las extravagancias del mal gusto, combatidas y destruidas, tales son los resultados de sus estudios y de su permanencia. ¿Por qué no hacer con la ciencia sagrada lo mismo que con la pintura? La Academia eclesiástica ¿no llegaría á ser el medio más bello y seguro de realizar en la enseñanza teológica, esa unidad que se admira en la instrucción elemental? ¿Pueda la Providencia conducirla á feliz término!

Como el tiempo era magnífico, no pude resistir al deseo de examinar al menos un pequeño rincón de la ciudad santa. Algunos pasos me bastaron para situarme delante del monumento siempre subsistente de la piedad de mis abuelos. Las grandes naciones de Europa, tales como la Alemania, la Francia, la España, el Portugal, tienen en Roma iglesias y hospitales para sus viajeros necesitados. Pues bien, la religiosa Franco-Condado halló en su fe el medio de seguir aquellos nobles ejemplos; ella también tomó su lugar entre las grandes naciones que acabo de nombrar. Para servicio de sus hijos, peregrinos en la ciudad eterna, la Borgoña quiso tener una iglesia y un hospicio. Su caridad dotó generosamente á la una y al otro. Todos los de Franco-Condado al llegar á Roma tenían el derecho, primero, de ser recibidos gratuitamente en el hospicio, durante algunos días; segundo, de hacer que se les presentaran las cuentas de la casa y de juzgarlas. Sin ser rica, la iglesia está ase-

da, es de construcción elegante y está agradablemente situada. Sobre el piso está escrita, en letras de oro, la inscripción siguiente: *Comitatus Burgund. SS. Andree ap. et Claudio ep. Natio die.* "El pueblo del condado de Borgoña dedicó esta iglesia á San Andrés apóstol y á San Claudio obispo." A la entrada, por el lado derecho y arriba de la fuente de agua bendita, está una placa de mármol, sobre la cual se lee: *Quicumque oraverit pro rege Francia habet decem dies de indulgentia, á papa Innocentio IV. S. Thom, in suppl. q. 25, art. 3, ad Secund.* "Cualquiera que ore por el rey de Francia gana diez días de indulgencia, concedida por el papa Inocencio IV." El rey de Francia es tal vez el único en el universo que goza de tal privilegio: este hecho me pareció muy significativo. A la izquierda se ven muchas tumbas cuyas inscripciones recuerdan nombres de hombres y de aldeas, muy conocidos en nuestras montañas del Doubs: N. Vermier de Orchamps-Vennes, y Briot de Belherbe, etc. San Claudio de los Borgoñoses no forma una parroquia; la iglesia sin embargo conserva sus rentas, al menos en parte, y reunidas á las de las otras iglesias francesas. Desde su origen dichas rentas están administradas por la embajada y el curato de San Luis.

11 DE DICIEMBRE.

Mártires.—Obelisco de Augusto delante de Santa María Mayor.—Santa María la Mayor.—Orígen.—Adornos.—Pinturas.—Puerta Santa.—Anécdota.—Monumentos y recuerdos de este cuartel de la antigua Roma.—Santa Cruz de Jerusalem.—El título de la verdadera Cruz.—Senado de los Mártires.

La caza no había sido feliz; cuadrúpedos y volátiles se habían puesto de acuerdo para no dejarse matar. Fuera de algunos

animalillos insignificantes, nuestros amigos no trajeron de su expedición más que el trabajo de haber tirado al aire en el campo, y el gasto de haber comido, con un apetito de cazador, la *ricotta*, queso de oveja, que un pastor les había ofrecido. A la mañana siguiente, estábamos ántes de las diez en la parte culminante del Quirinal, en un punto donde se cortan en ángulo recto cuatro grandes calles. La fuente de Moisés forma la cabeza; la fuente y los caballos gigantes del Quirinal son la base de esa larga cruz latina, cuyos brazos se terminan por las bellas iglesias de la Trinidad de los Montes y Santa María Mayor; esta última era el objeto de nuestra peregrinación.

Al pié de la colina sobre la cual descansa la basílica Liberiana, graciosa y pura como la virgen que allí se venera, se eleva un obelisco egipcio. De pié delante de la iglesia, y ántes de entrar á ella, repite el cicerone secular la gloria de su doble destino, y anuncia á los peregrinos las tiernas maravillas que tendrán muy pronto á su vista. Augusto había hecho venir de Egipto dos monolitos de cerca de ochenta piés de altura, para colocarlos, uno en el gran Circo, y otro en el Campo de Marte. ¡Vanidad de los hombres y de sus proyectos! La muerte vino á herir al monarca, y aquellos dos monumentos, destinados á realzar la gloria de su reinado, solo sirvieron para elevar hasta el cielo el magnífico testimonio de su destrucción. Erigidos por el emperador Claudio, cerca del mausoleo de Augusto; quedaron allí hasta que los bárbaros vinieron á convertirlos en otras tantas ruinas. En 1587, uno de los dos fué restaurado y colocado por Sixto V en el lugar que hoy está [1].

En una de las inscripciones, el obelisco se expresa así:

CHRISTI DEI
IN ÆTERNUM VIVENTIS
CUNABULA
LÆTISSIME COLO
QUI MONTUI
SEPULCRO AUGUSTI
TRISTIS
SERVIEKAN.

"Honro con gusto la cuna de Cristo, Dios eternamente vivo, yo, que servía tristemente para adorar la tumba de Augusto muerto."

Si adora al Cristo, el obelisco no hace más que imitar el ejemplo de Augusto; lo dice en estos términos grabados en la cara opuesta:

QUEM AUGUSTUS
DE VIRGINE
NASCITURUM
VIVENS ADORAVIT
SEG. DEINCEPS
DOMINUM
DICI VETUIT
ADORO.

"Yo adoro á aquel á quien Augusto en su vida adoró como á quien había de nacer de una Virgen, y por quien prohibió desde entónces que se diese al mismo Augusto el título de Dios."

Esta inscripción, que nos llenó de admiración, recuerda una tradición muy antigua, según la cual, Augusto había de conocer de antemano la venida del Mesías, y de su nacimiento de una Virgen. De ella trataré cuando visitemos la iglesia de *Ara Coeli*.

El Hijo de la Virgen es Dios; está reconocido por tal; el obelisco lo proclama; ¿qué le falta, sino hacerse intérprete de los votos del mundo regenerado? Y su oración, estampada en el granito, brilla por el lado que mira a la iglesia:

[1] Mercati, *degli obelischi*, c. 27.